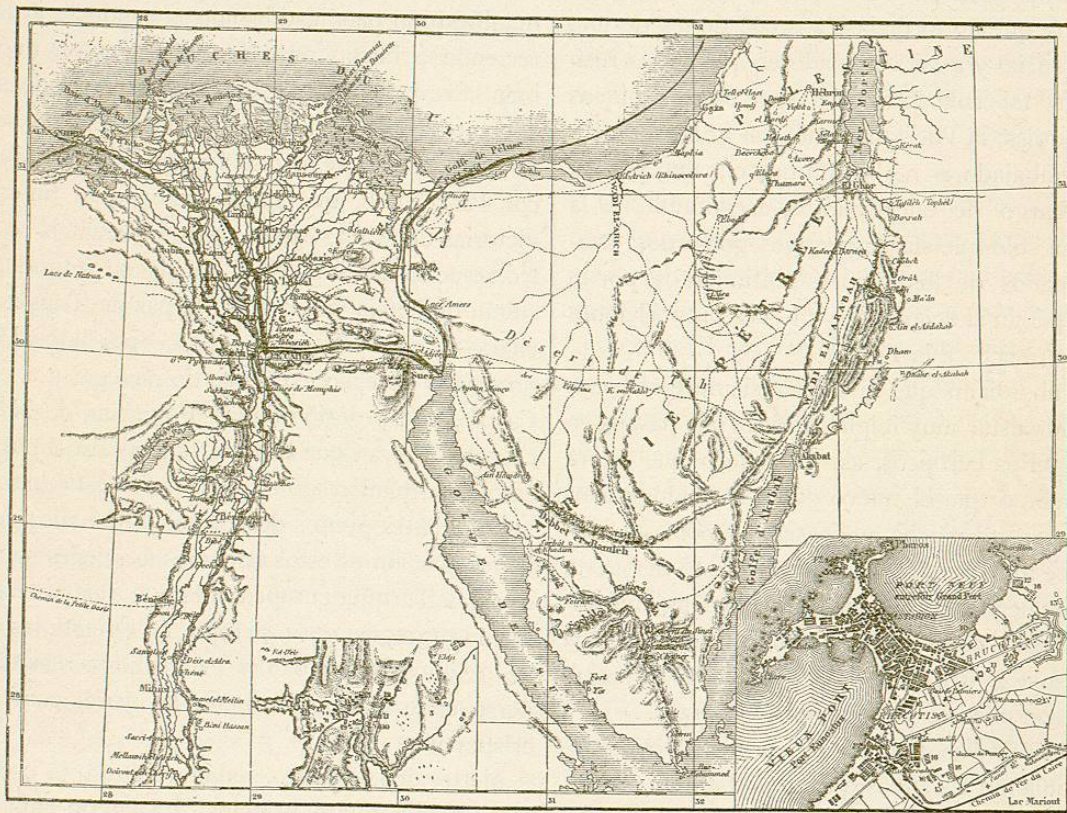


celo que el gran canciller desplegaba aún en estos días para sofocar la independencia de Grecia.

Había reemplazado á Canning lord Goderich, á quien antes de llegar á tan alto puesto se le llamaba «el pequeño Liverpool,» pero que una vez lo hubo ocupado demostró que de Liverpool no tenía nada, y sí mucho de lo de «pequeño.» Goderich mismo lo conoció y quiso reforzar su ministerio con un hombre de talla, con lord Holland, lo que ya era indispo-

nerse con el rey. Este, pensó desde entonces en darle sucesor, y enterado Esterhazy de lo que ocurría se apresuró á participárselo á Metternich, rogándole procurara ganar las simpatías del rey abandonando la causa del duque de Brunswich y todo otro motivo de enojo. Metternich no se lo hizo decir dos veces, y el rey Jorge se manifestó muy contento por la actitud del canciller austriaco.

Holland, desdeñado por el rey, se vió cortejado



Egipto

Alejandria

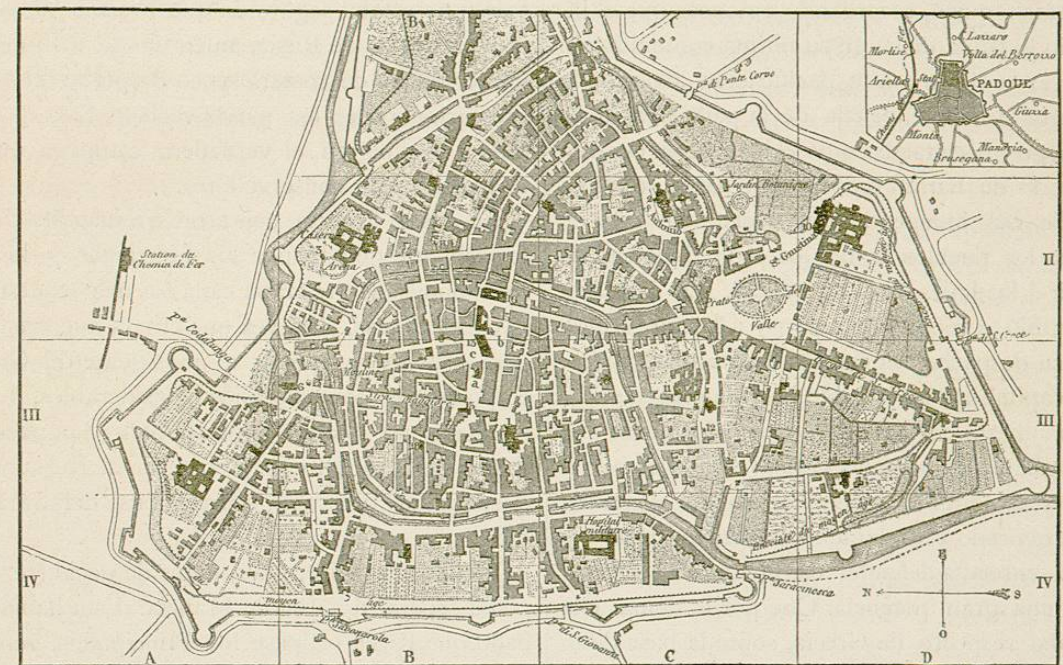
por Lieven, quien parecía querer constituirse en protector de los whigs, reuniendo en su casa con aparato á Holland y á Brougham, lo que fué bastante para que un día de consejo se enmarañase el rey con Goderich y le anunciase que él consideraba ya disuelta su administración, encargando al duque de Wellington la misión de formar nuevo gobierno, —8 de Enero.—Cuatro días antes Vilelle había también caído dando lugar al ministerio Chabrol y Fraissinous. Wellington era el amigo más íntimo del conde Esterhazy, y si bien es verdad que era el autor del protocolo griego, en cambio no era menos cierto que había sido siempre firme adversario del tratado de Julio, que estaba reñido con Lieven, y que había desaprobado la retirada de los embajadores de Constantinopla.

Wellington desde los primeros momentos de su gobierno, se mostró dispuesto á acceder á los consejos de Esterhazy que le pedía que rompiese el tratado de Julio, y al efecto, quería despedir al ministro de Estado, lord Dudley, gran admirador de Canning y de su política, pero en el momento crítico temió indisponerse con el Parlamento que no estaba reunido, y se contuvo, aprovechando el interregno para estudiar más á fondo la cuestión de Oriente, pero no hay duda que lo que de su estudio sacó fué solo la carta del tsar diciéndole que Rusia irá hasta el fin con las tres potencias, con dos ó ella sola, lo que le decidió á guardar á Dudley y á declarar á Esterhazy que se cumpliría el tratado de Julio para que procurara obtener en favor del mismo la adhesión del canciller.

Metternich, al ver la media vuelta de Wellington, comprendiendo que lo que éste quería era no dejar en plena libertad de obrar á Rusia, se mostró dispuesto á dar su adhesión si Prusia daba la suya: lo que hizo declarar á Wellington que para él lo mejor que podría suceder, era el bloqueo de los Dardanelos por las cinco potencias, que por sí solo equivaldría á alejar á Rusia de la frontera de Turquía.

Pero Metternich quiso todavía intentar un esfuerzo en Francia y en Constantinopla. En Francia la

Ferronnays, que era el ministro de Relaciones extranjeras, grande amigo de Rusia, le declaró que Francia no se separaría jamás de Rusia, y en Constantinopla procuró decidir al gobierno á dotar á Grecia de una organización semi independiente, como en un principio se había concertado entre Austria y Rusia, pero la Puerta no pudo esta vez tampoco acceder á lo que se le pedía, pues preguntaba, si concedo esto á los rayas rebeldes, ¿qué concederé á los rayas fieles?



Verona

Pero hé aquí que se divulgan los pasos que está dando Metternich en París y Constantinopla á espaldas de las potencias, y éstas no dejan de manifestarle á Austria que su política insidiosa está expuesta á hacer más grande el conflicto existente, que quedaba en pié con todas sus asperezas. Sin embargo, la Puerta, en vista de las instancias de Austria había, á instancias del patriarca griego, declarado que concedía tres meses de tiempo á los griegos para someterse, y que durante estos tres meses suspendería las hostilidades, —20 de Febrero. Inútil añadir que la Puerta era la que se había hecho dirigir la instancia del patriarca. De esta manera creía poder satisfacer á las potencias que reclamaban la suspensión de hostilidades, pero éstas ya sabemos que pedían algo en favor de Grecia, y este algo Turquía persistía diciendo no poder concederlo.

Rusia, por su parte, había marchado desde un principio directamente á la total ejecución del tratado de Julio, y por esto había propuesto en la conferencia de Londres celebrada después de la muerte de Canning, —10 de Setiembre de 1827,— el bloqueo de los Dardanelos, y más tarde, después de las conferencias de Noviembre, propuso á sus aliados ocupar los Principados en su nombre, para desde allí forzar la mano de Turquía, mientras que las escuadras obrarían en las costas de Morea, en Alejandria y Constantinopla: proposición que el gobierno francés apoyó desde luego, añadiendo un desembarco de tropas francesas é inglesas en Morea para expulsar de ella á los egipcios, —6 de Enero de 1828.—Esto parecía demasiado al gobierno británico, que había de resistir por otro lado á los que, como Strangford y Beresford, aconsejaban la guerra contra Rusia.



Inglaterra por esto demoraba su contestación á Rusia, hasta tener agraviado á Lieven, que amenazó con no querer recibirla cuando se la dieran; pero Lieven hacía observar que el manifiesto de la Puerta de 12 de Febrero declarando nulo el tratado de Akerman que la Puerta decía sólo había consentido para ganar tiempo, equivalía á una declaración de guerra como ya se vería indudablemente; y como esto era evidente, Wellington principió á creer que lo mejor era llegar de golpe á la independencia de Grecia, lo que sabido por Esterhazy se lo comunicó á Metternich, quien, recordando entonces que el internuncio le había dicho en su última comunicación que tal vez se llegaría á la pacificación arrancando á la Puerta la independencia de la península, quiso desde luego presentarse como el campeón de esta idea, dando de barato todo lo que había hecho en contra de esa independencia, declarando que en ocasiones los pueblos como los individuos han de sucumbir á las leyes de la necesidad. En este sentido escribió á San Petersburg y á Londres, pero cuando su despacho iba camino de San Petersburg, de esta capital había ya salido la respuesta de Rusia al manifiesto de la Puerta. Rusia declaraba que la Puerta había de un salto saltado todas las barreras; que al declarar nulo el tratado de Akerman había provocado y declarado la guerra á Rusia, y que ésta entendía defender su honor cual corresponde á una gran potencia. Que por lo demás ella continuaba respecto de Grecia, sobre la base de lo convenido en Julio, y que durante la guerra todos los esfuerzos de Rusia tenderían á procurar que llegara á su cumplimiento. Esto no obstante, Rusia recordaba á las potencias aliadas sus proposiciones de 6 de Enero y rogaba á sus aliados que le prestasen su concurso material ó moral, pero que si ni una ni otra cosa podían concederle, que Rusia sola iba á procurar la ejecución del tratado.

Esta declaración de Rusia hizo comprender á Metternich cual sería la respuesta que Rusia daría á su Memorandum; pero Rusia creyó que no le convenía en el momento mismo en que iba á entrar en guerra con Turquía, indisponerse con un vecino, y así aunque no dejó de mezclar algunos acerados sarcasmos en medio de sus corteses frases, le dijo que si ella podía inducir á la Puerta ó á las demás potencias á declarar la independencia de Grecia, que Rusia se adhería á tal resolución.

Ahora Metternich creía que tenía un juego más franco en vista de la actitud de Rusia y que lo que debía hacer era excitar las desconfianzas de Inglaterra, presentándole la conducta de Rusia como irre-

gular y como hija de sus cálculos ambiciosos. Metternich se dirigió, pues, á Wellington, diciéndole que sentía mucho que no le fuera dado en su situación poder proponer los medios conducentes á dominar los ímpetus ambiciosos de Rusia, pero que por su parte estaba dispuesto á apoyar toda iniciativa en este sentido.

Wellington no se dejó seducir. Comprendía que la alianza de Austria no había de serle de provecho alguno. No sabía cual sería en definitiva la actitud de Prusia, cuyo concurso material había pedido el tsar y no estaba seguro de que Francia no se arrojase en brazos de Rusia, amén de que á Francia, de querer, había de costarle poco despertar el espíritu revolucionario en los países vecinos, cosa que asustaba á Wellington, el verdadero campeón europeo de los intereses conservadores.

En efecto Francia, con asombro inaudito de Metternich, aún guiada por los Martignac y los de la Ferronnays, se mostraba cada día más exaltada por la política rusa, á la vez que era la que hacía más para sostener y apoyar al presidente de Grecia á Kapodistrias con subsidios considerables. La Ferronnays no ocultó á Metternich tampoco que Francia estaba decidida á sostener á Rusia aunque quedaran las dos solas, sobre la base del tratado de Julio.

Wellington quiso, pues, antes de decidirse, ver si podía separar á Rusia de Francia. Esta había aprobado que Rusia ocupase los Principados, pero Wellington le hacía observar que el despacho del tsar no decía que una vez allí no pasase el Danubio, sino todo lo contrario. Además se oponía á toda acción contra Ibrahim, porque esto suponía una declaración de guerra á la Puerta, con la que vivía en paz Inglaterra y á la que tal vez se obligaría á tener que socorrer.

Este lenguaje creía Polignac que no causaría efecto alguno en París, y en este sentido hablaba el embajador de Francia á Lieven, pero la Ferronnays estimó prudente refrenar sus entusiasmos, declarándole á Inglaterra que sus armamentos no tenían por objeto la Grecia, sino la Argelia, para acabar de una vez con los piratas berberiscos que infestaban el Mediterráneo.

Creyó en vista de esta actitud moderada y circunspecta de Francia Wellington, que podría contar con los franceses para la ejecución del tratado de Julio, independientemente de Rusia, á la que reconocía su derecho á tratar sus asuntos como mejor lo entenderá hasta llegar á la guerra, de la que decía que valdrían más los peligros que haría correr á la

paz europea, que los beneficios que de ella podría conseguir Rusia. Con esto Wellington esperaba poder detener á tiempo á Rusia, mostrándose dispuesto á declarar roto el tratado de Julio.

Había, pues, llegado la triple alianza á su momento más crítico, cuando Metternich enterado de la aproximación realizada entre Francia é Inglaterra, creyó que ahora podría intervenir mostrándose amigo de Rusia en su aislamiento, encareciéndole los principios de la Santa Alianza, esto es, de una alianza universal, esto mientras de nuevo procuraba en Constantinopla obtener de su gobierno una declaración precisa de respetar el tratado de Akerman. Pero Rusia y la Puerta le hicieron entender cada una por su parte, que lo que hacía era poco correcto y sobre todo estéril.

Wellington, que iba cada vez más afianzando su política tory, purgaba por este tiempo,—Mayo de 1828,—su gobierno de los elementos whigs que en él había, despidiendo uno tras otro á Huskisson, Grant y Palmerston, á los que siguieron el mismo Dudley, reemplazado por Aberdeen, amigo de toda confianza de Esterhazy y de Austria. Metternich creyó, pues, que ahora podría hacerse escuchar en Londres.

Pero si Wellington parecía empujar, era porque creía que Francia le seguía, pero cuando vio que Francia no estaba resuelta á hacer nada que pudiera ser desagradable á Rusia, y que Prusia misma aconsejaba que se sostuviera el tratado, Wellington no escuchó los interesados consejos de Austria y le pidió á Nesselrode que le explicase cómo podía ser esto de estar Rusia en guerra con Turquía y á la vez cooperar el conde Heyden al cumplimiento del tratado de Julio en unión de los otros almirantes. En esto Wellington obraba de buena fe, no lo comprendía, no lo creía posible, cuando en el mismo tratado de Julio, como hemos dicho, se había previsto esta eventualidad.

Explicado que le fué como Rusia podría limitar su acción en el Mediterráneo á lo más mínimo, como podría renunciar á su papel de potencia beligerante en el Mediterráneo, como, en fin, en el primer caso el conde Heyden podría obrar en tanto la Alianza no se manifestase activa, en cuyo caso Heyden se pondría á las órdenes de los demás almirantes, cuando, en fin, al menguado político, tan inepto, como entendido general, se le presentó un caso análogo en 1759, dió por buena y corriente la actitud de Rusia, y consintió á lo que ésta y Francia pedían de que se reunieran en Corfú los embajadores que habían salido de Constantinopla. Por último Wellington acabó por reconocer la necesidad del envío de una expedición francesa á la Morea que él apoyaría con las escuadras de la Gran Bretaña,—19 de Julio.

A estos extremos había venido Wellington cuando tanto le habían repugnado, después de la declaración formal de guerra hecha por Rusia á Turquía el 26 de Abril.

Fué entonces de ver el terror de Turquía al verse de veras amenazada por los cosacos y los batallones rusos. Probó en esto Turquía que no había creído nunca que Rusia pudiera obrar aislada, que Inglaterra ó Austria la sujetarían, pero esos cálculos salieron fallidos, y aquí fué declarar que el tratado de Akerman estaba vigente, y aquí fué hacer proposiciones á Kapodistrias é invitar á los embajadores de Francia é Inglaterra á que volvieran á Constantinopla, para continuar el examen de los puntos litigiosos. Pero nadie creía en la buena fe del reís-effendi, por más que éste llegó hasta prometer que en una sola sesión se arreglaría todo á medida del gusto de las potencias occidentales. Francia é Inglaterra declararonle que no podían separarse de Rusia y Turquía pudo entonces apreciar toda la extensión del abismo que había abierto á su alrededor la política inmoral y anti-europea de Metternich.

